

por **ADRIANA
BERTORELLI**

ilustración
de **ULISES
CULEBRO**

Contaba una leyenda que, si todos los chinos saltaban a un tiempo, podrían alterar el eje de rotación de la Tierra. Más difícil

están teniendo influir en el panorama literario internacional. En España vivimos en los últimos meses un pequeño *boom* de escritores chinos contemporáneos que se asoman a las librerías, si bien muchas plumas que en China gozan de reconocimiento –y que ya han cosechado premios internacionales– apenas logran llegar a nuestro país, lo que constituye un vacío inexplicable. El silencio de la literatura china en lengua castellana fue absolutamente estrepitoso incluso después de sus dos premios Nobel de literatura: el de Gao Xingjian en 2000 y el de Mo Yan en 2012.

La buena noticia es que el esfuerzo de las editoriales pequeñas y medianas, apuntalado con nuevas traducciones de calidad, ha ido conformando un catálogo de autores chinos contemporáneos. Pero para que el fenómeno continúe creciendo, se requiere también del compromiso de lectores ávidos, que no se conformen mansamente con lo que el mercado editorial decreta.

Esto exige, además, dejar de invisibilizar a los traductores, a quienes históricamente no se les ha otorgado el suficiente crédito. Con los sinólogos es aun más dramático porque han tenido que enfrentarse a la competencia desleal de la traducción indirecta, francés o inglés de por medio. Esto, generalmente, de espaldas al lector, porque ni siquiera se indicaba que fueran traducciones de segunda mano, por lo que la obra original debía sortear dos piruetas lingüísticas: una, desde el chino al francés o inglés; y la segunda, al castellano, con sus consiguientes pérdidas literarias. Según un artículo de la *Revista de historia de la traducción*, más de la mitad de la narrativa china en castellano entre 1980 y 2007 fue traducida indirectamente.



El difícil viaje hasta España de la literatura china

Las pequeñas editoriales han ayudado a la consolidación de las letras chinas contemporáneas, que luchan a la vez contra la censura en su país

Entre los nombres que más encontraremos en publicaciones recientes de traductores directos están Belén Cuadra, Blas Piñero, Miguel Ángel Petrecca, Maialén Marín-Lacarta, Anne-Hélène Suárez y Miguel Sala Montoro. A ellos les debemos lo mejor de la literatura china que leemos hoy.

San Mao fue la pionera en tender puentes entre Oriente y Occidente. Mujer del suroeste chino, cambió de vida cuando se enamoró de un buzo jienense y exploró sus experiencias y su identidad en *Diarios de Canarias* y *Diarios del Sáhara*, que se convirtieron en superventas en China y Taiwán. Contaba sus costumbres y la vida en España con

humor y con no pocos sesgos. Además, fue la traductora al chino de *Mafalda*, y aún se habla de su influencia en la literatura china contemporánea.

Un país desconocido. ¿De dónde surge el interés y las editoriales que apuestan por publicarlos? Es una apuesta valiente por parte, en su mayoría, de editoriales pequeñas y medianas. Según Alejandro Roque, director de la Editorial Hermida, «la idea de publicar a Jian Guangci» les pareció una recuperación importante puesto que «era un autor inédito en castellano y su obra tiene repercusión en China». «También quise publicar a Can Xue cuando supe que era una autora ligada al irracionalismo, a lo onírico, a libertad plástica. Cuando pude leer algo de su obra quedé cautivado», relata.

Dice Edurne Portela, que tiene bajo su cuidado la reciente edición de *Frutos Salvajes*, de Sheng Keyi (Galaxia Gutenberg), que «Keyi abre una ventana a la historia y el presente de un país que nos resulta, a la mayoría, extraño y hermético. La narrativa china, cuando se acerca a la realidad atendiendo a su complejidad, puede ser una herramienta excelente para conocerla. Este es un acercamiento a la realidad china desde el punto de vista de la experiencia de las mujeres».

También escriben sobre realidades agrícoladas y distopías líricas, a veces brutales. Reflexionan sobre la soledad y el aislamiento, con frecuencia con humor negro porque tienen una habilidad especial para escribir con sarcasmo sobre sus desgracias. Algunas obras narran el horror de la Revolución Cultural, la década oscura iniciada por Mao y que, entre 1966 y 1976, aniquiló todo atisbo de expresión cultural que no rindiera honores al maoísmo. Según la investigación de Sheryl Wu Dum y Nicholas Kristof para *The New York Times*, fue «el mayor episodio contemporáneo de canibalismo».

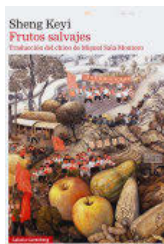
Fue un período de luchas vio-

lentas en el que cualquier disidencia era castigada con encarcelamiento arbitrario, torturas, hostigamiento, confiscación de bienes e incluso mandando a quienes disientían a campos de prisioneros, como le sucedió al padre de Can Xue, constante candidata al Nobel y admirada por Susan Sontag. Su progenitor fue recluido en un campo de trabajo, su madre y sus hermanos enviados a otros de reeducación y ella fue criada en la miseria por su abuela.

En autores como Xue, Cheng Chuncheng o Lu Min se descubre un discurso de vanguardia, donde cobran vida la naturaleza y lo onírico, utilizando como imaginario elementos del realismo mágico para crear mundos paralelos y a veces surrealistas, con frecuencia relacionados con la actualidad china. La mayoría aborda con mordacidad la sociedad y la política como tema recurrente, incluyendo la feroz desigualdad entre la clase trabajadora y las élites, la corrupción y el cambio social y cultural. Muchos ahondan, además, en la vertiginosa desaparición del mundo rural, las dificultades campesinas y sus penurias económicas, entretejiendo elementos fantásticos y surrealistas.

Se vislumbra cierta influencia de la narrativa latinoamericana del *boom* y *post boom* y también de la europea. No es extraño encontrar referencias a Borges, García Márquez, y Bolaño —éxito de superventas en China— pero también a Javier Marías y, por supuesto, a Cervantes. Otros autores, como Ma Boyong o Sheng Keyi sortean el hermetismo chino enfocándose en la vida cotidiana del ciudadano común y poniendo la lupa sobre sus luchas personales y los desafíos que se encuentran.

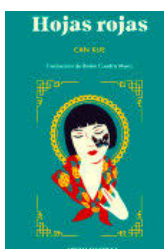
Sarcasmo e ironía. También aparece el asunto de la identidad sexual, un gran riesgo teniendo en cuenta que en China la homosexualidad fue un delito con pena de encarcelamiento hasta 1997 y no fue eliminada de la lista de trastornos mentales por la Asociación China de Enfermedades



SHENG KEYI
FRUTOS SALVAJES
Traducción de Miguel Sala Montoro. Galaxia Gutenberg. 368 páginas. 24,50 €
Ebook: 15,99 €



GE FEI
MEMORIA DEL PARAÍSO
Traducción de Miguel Ángel Petrecca. Adriana Hidalgo. 540 páginas. 23,90 €



CAN XUE
HOJAS ROJAS
Traducción de Belén Cuadra. Aristas Martínez. 176 pp. 19,50 €



YAN LIANKE
LA MUERTE DEL SOL
Traducción de Belén Cuadra. Automática. 420 páginas. 24 €
Ebook: 10,99 €

Mentales hasta 2001. Todavía hoy, la diversidad sexual continúa siendo un tabú y quienes la defienden experimentan acoso y discriminación. Sobre esto escribió Qiu Miaojin, una voz potente que defendió su lesbianismo y que se suicidó muy joven, después de haber entregado el manuscrito de su *Cartas póstumas desde Monmartre*.

Aunque hay quien opina que conviene catalogar a algunos autores como censurados porque esto aumenta las ventas en Occidente, China ha llegado a tientas al modernismo. La censura orquestada por el Departamento Central de Propaganda del Partido Comunista (CPD) continúa favoreciendo a uno de los regímenes más restrictivos del mundo y reforzando su ideología. La censura en la literatura, la información y las redes ha colaborado a que el gobierno mantenga cierto grado de estabilidad mientras sigue erosionando la libertad de expresión y controlando los medios a través de un estricto sistema de supervisión, permisos de publicación y control de personal.

Para esto, monta un aparato que desanima cualquier rebeldía. El CPD juega un papel fundamental a la hora de detectar y censurar contenido *inapropiado* y tienen dominio sobre los libros que se publican, lo que limita la exposición de los ciudadanos al pensamiento crítico. También hay un control estricto de la producción y la distribución. Los escritores que desafían el sistema, aunque hayan publicado en otro país, pueden pagarlo con de cinco a 10 años de cárcel. En 2017, una novelista conocida con el seudónimo de Tianyi fue condenada a 10 años y medio de prisión por escribir, publicar y vender novelas de contenido erótico homosexual.

A algunos escritores se les permite escribir en China, pero no publicar. Entre las voces censuradas se encuentran Sheng Keyi, Mo Yan, Yan Lianke, Can Xue, Ge Fei, Lu Min, Ma Boyong, Ma Jian, Qiu Miaojin, Gao Xingjian, Jia Pingwa y Liu Xiaobo, entre muchísimas otras. **L**